

Enrique Gil y Carrasco

"El cautivo"
"La Violeta"

JT
COM

+ 1143334
c.

Enrique Gil y Carrasco

“El Cautivo”
“La Violeta”

SUPLEMENTO DE «MISION» NÚM. 175
15 - 7 - 1938

Enrique Gil tiene muchos títulos a la perennidad. Es uno de los más grandes poetas líricos del XIX, y además el autor de la novela histórico-romántica más considerable que en España se ha producido, que se leerá con deleite cuanto el idioma de Cervantes dure.

EL CAUTIVO

Callada la noche está,
Callada, limpia y serena,
Sin más voz que la cascada
Que a lo lejos se despeña,
Sin más música que el canto
Del ruiseñor que enajena,
Ni más lumbre que el templado
Resplandor de las estrellas.
Cerró la flor su capullo;
Todo es paz, todo tristeza;;
Sólo está el llano y el monte,
Y cual virgen soñolienta,

De la sombra entre los brazos
Se duerme Naturaleza.

Dulce es vagar en la noche
Por la llanura desierta;
Ver sobre el lago pasar
En vapor y espuma envueltas,
Confusamente borradas,
Las flores de la existencia,
Y en las grutas de las rocas
Oír vaga y casi muerta
Del arpa de juventud
La voz del viento en las cuerdas.
Dulce es al alma cruzar
Con la brisa de las selvas
Esos aires que la luna
Confusamente platea;
Adormecer la razón
Con relumbrantes quimeras,
Y al alcázar de los sueños
Con desbocada carrera
Lanzar la imaginación,
De amor y gloria sedienta,
Y allí una imagen buscar
Inefable, hermosa, eterna,
Inmensa como el espacio,
Como el corazón inmensa,
De luz vestida y de galas,
De asombro y misterios llena.
Dulce es soñar si en libertad soñamos;
Son dulces esos sueños,
Con que del porvenir ataviamos
Los campos halagüeños.
¿Mas qué importa al cautivo engalanada
La noche ver de estrellas,
Si no puede en su cárcel olvidada
Decírles sus querellas?
¿De qué sirven los astros que iluminan
Los patrios horizontes
Cuando su disco sin color inclinan
Sobre ignorados montes?

¡Prisma encantado! ¡Libertad gloriosa!
¡Del alma santa flor!
¿Qué es junto a ti la frente de la hermosa?
¿Qué es junto a ti el amor?
Del otro lado del hercúleo estrecho
Hay un doncel cautivo,
De hidalga sangre y levantado pecho,
De corazón altivo.

¿Qué nombre esclarecieron sus mayores?
¿Dónde nació el cristiano?
¿La cumbre del poder y los amores
Tocó tal vez su mano?
El misterio le envuelve y la amargura
Y un mundo de pesares:
Y sólo el mar en la tormenta oscura
Escucha sus cantares.
Helo, allí está; su frente generosa
Surcan hondas arrugas;
Así marchitan del Abril la rosa
Mortíferas orugas.

Hélo, allí está; sus ojos distraídos
Tal vez en busca van
De los campos que un tiempo florecidos
Miraron de arrayán.

De la noche al aliento regalado
Sus labios ha entreabierto,
Y escuchará su pena y su cuidado
La noche del desierto.

“¡Noche!, serena estás, mágica y pura;
Ni un soplo turba tu feliz quietud;
Eres un sueño de la edad futura
Dorado por un astro de virtud;

Mas ¿por qué vienes, ¡ay!, tan encantada
Con todos los luceros hacia mí,
Si ya pasó la edad arrebatada
En que los lauros del honor cogí;

La edad en que la cítara amorosa

Vibraba al son de mi primera fe,
Cuando orlada de mirtos y de rosas
Delante de mi amada la arrojé?

También amaba entonces las estrellas,
Noche serena, de tu manto azul,
Y esas nubes de nácar sin centellas
Que lo prendian como blanco tul.

Hoy de todas tus pompas y misterio
Sólo te pido sombra y soledad;
De todos los poderes de tu imperio
Las ráfagas que traen la tempestad.

Del otro lado de la mar, los míos
De la guerra cayeron al furor;
Y el ángel de mis tiernos desvarios
Dejó en las aras de mi altar su amor.

Yo no tengo una madre ni una esposa
Que vengan a llorar en mi ataúd,
Ni quien escriba en la extranjera losa
Las penas de mi amarga juventud.

Los lazos de la vida siento rotos;
La patria para mí perdida está,
Y el alma por los términos ignotos
De la duda y dolor cruzando va.

Y siento que estos muros y estas rejas
Van apagando el noble corazón,
Como el rumor se apaga de mis quejas
Sobre ese mar que azota el aquilón

¡Oh! Yo quiero volar por el desierto
Correr por las orillas de la mar,
Y tras la nave que abandona el puerto
La fantasía juvenil lanzar.

Quizá pudiera la ilusión del alma
Del árabe en las tiendas entrever;
Tal vez al pie de solitaria palma
Me sonriera celestial mujer.

Y si la soledad es mi destino,
Y no ha de hallar un eco el corazón;
Si para siempre el resplandor divino
Se amortiguó de la primer pasión,

Las ciudades que fueron contemplara,
Y a su polvo diría mi pesar,
Y de mis cantos el poder bastara
De los siglos el duelo a despertar.

Sobre las aguas del soberbio Nilo
Viera el sol del desierto aparecer
Y, al morir, las pirámides tranquilo
En sus últimos rayos envolver.

Una lección pidiera yo a la muerte
Que descifrara el libro del vivir,
Y ella, rasgando el velo de la suerte,
Me mostrara la faz del porvenir.

.....
.....

Sueños de libertad y de consuelo
Sobrados puros sois para verdad:
Tended las alas y subid al cielo;
Sueños de encanto y de placer, ¡volad!

Nunca veré pirámides ni arenas,
Mares azules ni radiante sol,
Ni del pie de la palma las serenas
Tintas de la mañana y su arrebol.

Sólo esa mar, mi amor y mi delicia,
Si, en la noche, azotada del turbión,
Bramando, melancólica, acaricia
La eterna tempestad del corazón.
Ni soledad donde poder gemir.

Lo sacó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor:
Lejos ya de la paz y del contento,
Mirame aquí en el valle del dolor.
Era dulce mi pena y mi tristeza;

El amor de ese mar es mi ventura,
Que arrollará mi duelo al expirar,
Y sus olas vendrán mi sepultura
De espumas y de limo a coronar”.

La luna el firmamento plateaba
Pálida y bella la serena frente,
Y el ruiseñor la orilla arrebatava
De aquella mar tan música y doliente.

El limpio azul de la celeste esfera
Playas sin fin mostraba al nuevo día,
Y la aurora en la lánguida palmera
Ya sus primeras lágrimas vertía.

Un árabe a lo lejos galopaba;
Y entonces un suspiro el aire hendió,
Que en la prisión cantaba:
“¡Ay de la flor que el viento deshojó!
¡Ay de la flor que de mirarse esclava
Toda su pompa y juventud perdió!”.

LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,
Ven mi triste laúd a coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez a resonar.
Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
Yo sobre ti no inclinaré mi sien,
De miedo, pura flor, que entonces pierdas
Tu tesoro de olores y de bien,

Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes de abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,
Yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor,
Y en ti miré el emblema de mi vida
Y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la hierba tu frescura
De la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y a tu ventana asemejé mi vida,
Y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arrebol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,
Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: "Buscaré en las flores
Seres que escuchen mi infeliz cantar,
Que mitiguen con bálsamo de olores
Las ocultas heridas del pesar".

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
De ti bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy, aquí ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,

Tal vez moraba una ilusión detrás;
Mas la ilusión voló con su pureza,
Mis ojos, ¡ay!, no la verán jamás.

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto a ti,
Ya que escuchaste un día mi plegaria,
Y un ser humano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adorar, triste viola,
Y embalsama mi oscura soledad;
Sé de mi pobre césped la aureola
Con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,

Irá a cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: "¡Pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor!".

